

Los adolescentes, riesgos y aperturas posibles

Lic. Beatriz Janin

Los adolescentes y los riesgos:

La adolescencia suele tener un componente de riesgo. Quizás todos, en nuestra adolescencia, vivimos situaciones que implicaban riesgos. Pero generalmente son riesgos momentáneos, que no implican desestructuración psíquica (aunque siempre hay algo que se “desestructura” y se reestructura) ni adicciones (aunque el enamoramiento adolescente tenga algo de “adictivo”) ni actuaciones violentas (aunque todo adolescente tenga cierta tendencia a la acción impulsiva) ni intentos de suicidio (aunque todo adolescente fantasee en algún momento con su propia muerte).

Es decir, hay riesgos inevitables en la salida al mundo, posibilitadores de transformaciones, riesgos que implican la asunción del pasaje, de los cambios...

Pero hay otros riesgos...Adicciones, depresión, psicosis, trastornos de la alimentación... son algunos de las afecciones que pueden desencadenarse.

Hay una historia vivencial que se reactualiza y se reorganiza en este “barajar y dar de nuevo”, que se da en esta etapa. Un nuevo armado a partir de lo que estaba que abre posibilidades nuevas.

A la vez, la reestructuración representacional que se da necesariamente frente a las exigencias de las pulsiones y del contexto lleva a posibilidades de desestructuración.

Pienso que el hecho de que las idas y venidas, la reorganización adolescente devengan en una fractura interna tendrá relación con el modo en que la organización psíquica se haya producido y cuán preparada esté para soportar los embates internos-externos. Tanto

la historia de inscripciones de ese adolescente como las posibilidades que le brinda el contexto actual para metabolizar lo vivenciado serán cruciales para definir lo que ocurra.

En relación a las actuaciones violentas, una de las cuestiones a considerar es que los adolescentes suelen llevar a la acción aquello que un niño puede fantasear, que tienen habitualmente una tendencia a pasar al acto sin reflexionar demasiado y que eso los pone necesariamente en riesgo. Pero también la violencia puede ser el modo en que alguien sienta que existe, que es alguien, que impone su voluntad y logra así un lugar en el mundo, en un momento en que él no sabe muy bien quién es y el contexto tiende a excluirlo, porque ya no es un niño pero tampoco puede ocupar el lugar de los adultos.

Entonces, si siempre hay riesgos pero no todo adolescente se pone en situación de peligro extremo ni sucumbe a las nuevas exigencias, ¿cuáles serán los elementos que podrán estar incidiendo en estas diferencias?

En un momento vital en el que uno se supone inmortal y en el que el peligro cobra otra dimensión, en que el ideal es ser héroe, ¿cómo evaluar los riesgos?

¿Cómo transitar una época de la vida en la que tantas sensaciones nuevas se despiertan y tantas historias pasadas se reorganizan en nuevas configuraciones representacionales sin quedar atrapado en los infiernos de la droga, de la psicosis, de la depresión o la anorexia?

A la vez, sabemos que la realidad socio-cultural es determinante en los avatares de la adolescencia, que quizás sea la época de la vida en la que el contexto social tenga más importancia.

Por otra parte, es cierto que hay algunos adolescentes que no pueden vivir las situaciones de pasaje, de transformación y cambio sin que esto implique terremotos insoportables. Terremotos que pueden dejar fracturas que lleva mucho tiempo reconstruir.

Así, dice Piera Aulagnier: “El estado infantil permite al yo diferir un conjunto de decisiones, de actos, de encuentros, que exigirían una modificación esencial de su relación con la temporalidad, la sexualidad, la realidad. Mientras se permanece en la infancia, las defensas instaladas, aún cuando señalen la presencia de una potencialidad psicótica, pueden ir aunadas a una relación con la realidad que deja en la sombra una parte de sus constreñimientos, de sus prohibiciones pero también una parte de sus ofrecimientos.” (P. Aulagnier, 1984, pág 217)

Es decir, la adolescencia exige, convoca a resoluciones y a pruebas que pueden llevar a la irrupción de aquello que en la infancia permaneció encubierto, silencioso, en tanto el niño puede sustituir con sus defensas y con el sostén de los adultos sus carencias internas y sus dificultades para establecer vínculos con el mundo. Pero para el adolescente esto no es posible. Las defensas suelen ser insuficientes frente al avance pulsional y a la vez los otros se transforman en fuente de exigencias. Los primeros objetos, que podían funcionar como protectores, pasan a ser aquellos de los que hay que separarse a riesgo de quedar apresado en lazos incestuosos. Entonces, los recursos internos, el camino transitado, la historia representacional y un contexto social posibilitador de proyectos e ideales parecen ser fundamentales.

Me voy a ocupar hoy particularmente de las condiciones internas que posibilitan la caída o no en situaciones de riesgo.

Podemos afirmar que todo adolescente tiene un arduo trabajo por delante y que no es indiferente el modo en que arribe a este momento, sobre todo en términos de flexibilidad psíquica. Así como en los terremotos lo fundamental es que el edificio tenga una base a prueba de movimientos, así también un niño tiene que llegar a la adolescencia con movilidad en sus defensas y con vías sublimatorias como para sobrellevar este sismo.

En este sentido, también hay que tener en cuenta que los riesgos a los que se expone todo adolescente pueden derivar en salidas vitales, creativas y novedosas.

A veces, un niño que presentaba ciertas dificultades puede desplegar posibilidades en la adolescencia, mientras que otro que parecía “normal” (¿demasiado adaptado?) entra en una crisis de proporciones.

El silencio sintomático durante la infancia no garantiza una adolescencia en la que se puedan resolver los conflictos propios de esa etapa. Y esto es importante. La mayor garantía está dada por las posibilidades creativas y reorganizadoras, de fantasear e historizar (a eso me refería cuando hablé de flexibilidad psíquica) y no por una niñez obediente y sobreadaptada.

Una viñeta clínica puede ilustrar esta situación. Los padres de Vanina consultan cuando ella tiene 13 años. Había sido una niña “modelo”. Excelente alumna, hija obediente, nunca había dado problemas. Con una relación muy cercana a la madre, cumplía con todas las expectativas de sus padres. Pero a los 13 años comienza con una preocupación exagerada por su cuerpo, que la lleva a serios problemas con la alimentación (al punto de ser necesaria una internación para que recupere el peso). Casi no come y a la vez está retraída, callada, y cuando dice algo es en pelea con ellos. Se

encierra y ha abandonado sus relaciones habituales. Es hija única. Para los padres, es el centro absoluto de la casa. La madre es una profesional que trabaja mucho, pero todo su tiempo libre lo ha dedicado siempre a esta niña. La pareja tiene peleas continuas. Vanina ha constituido un funcionamiento rígido, en el que era reconocida por su "buen comportamiento". Ahora no encuentra un lugar. Siente que el mundo se volvió hostil. Frente al embate de las nuevas exigencias, esta niña que mantenía un vínculo tan cercano a su madre, que compartía con ella todas sus vivencias, supone que todos se han transformado en enemigos, incluyendo a su madre, que no puede contenerla en este nuevo escenario. Por otra parte, el padre no la ha investido como mujer, sino que la ha dejado confinada a un lugar de niña buena y obediente, criada por una madre híperexigente. ¿Cómo desplegar la feminidad sin matar a la madre, sin realizar el incesto con un padre que parece un extraño? Ella liquida en sí misma sus atributos sexuales y se transforma en una especie de cadáver viviente. Y se entrega a la madre, que abandona todas sus actividades para dedicarse a ella. De este modo, se aleja de los peligros de la sexualidad y a la vez recupera a la madre como objeto incondicional. Durante la niñez, pudo utilizar defensas rígidas y, sobre todo, utilizar a los padres como objetos protectores frente a las exigencias del mundo. Pero la pubertad trajo consigo un estallido que no pudo tramitar.

A la vez, tampoco es el silencio durante la adolescencia lo que va a garantizar un crecimiento sin riesgos. Es decir, si no hay movimiento y crisis la situación suele ser preocupante.

En relación a las líneas a tener en cuenta, podemos pensar:

- 1) los avatares de la sexualidad infantil y sus transformaciones en la pubertad

- 2) la reorganización de las primeras inscripciones
- 3) los avatares del narcisismo, en tanto la adolescencia implica una puesta en juego de todo lo incorporado, todo lo metabolizado
- 4) los ideales

La sexualidad infantil y sus transformaciones en la pubertad:

Las primeras inscripciones, ya reorganizadas en sucesivas re-escrituras durante la niñez, van a sufrir una re-escritura, casi una nueva escritura, un cambio de idioma, durante la adolescencia.

Hay marcas de la sexualidad y marcas identificatorias, marcas de prohibiciones e ideales

Según Philippe Jeammet, el adolescente puede ser visto como el que interroga sobre todo aquello que ha interiorizado en la primera infancia, especialmente sobre la sexualidad. (1999, Jeammet) Y también plantea que la sexualización de los lazos con el entorno familiar, reactiva las fantasías del incesto y del parricidio, por lo que sexualidad y violencia quedan íntimamente ligadas en la adolescencia.

Un riesgo posible es la confusión entre sexualidad e incesto, con una sexualización de todos los lazos. Esto torna difíciles los vínculos, en tanto todo queda teñido por una sexualidad perturbante. Y entonces hay que pelearse consigo mismo, luchar contra los deseos. A la vez, ¿cómo luchar contra los propios deseos, cómo sostener las pasiones sin sentir que se estalla? ¿Y como sostenerlos si toda pasión puede ser vivida como angustiante, en tanto lo remite a las primeras figuras de amor?

El adolescente tiene que desplegar sus deseos sexuales sin quedar atrapado en el vínculo con sus padres.

Y debe estar abierto a nuevas sensaciones, emociones y sentimientos, pero suele desconectarse de los sentimientos y buscar en las sensaciones un anclaje, un sentirse existiendo, siendo alguien. Esto lo puede llevar a acciones riesgosas, a búsqueda de estímulos fuertes, como las drogas.

Otra viñeta nos puede ayudar a pensar el tema de la sexualización de los vínculos y la primacía del incesto.

Juan tiene 17 años al momento de la consulta. Cursa el 5º año del colegio secundario. Había sido buen alumno durante la escuela primaria, pero a partir de segundo año su rendimiento escolar fue desmejorando, para llegar a la situación actual, en la que se lleva a examen todas las materias.

La consulta se realiza a instancias de la escuela. Juan llegó al establecimiento fumando un cigarrillo de marihuana, a la vista de alumnos y profesores, en una actitud de ostentación. Los padres suponen que es una situación grupal y que el consumo ha sido casual.

Pero él me relata situaciones en las que ha consumido diferentes tipos de drogas, así como actitudes violentas, estallidos descontrolados, desde la infancia. En la actualidad, consume cocaína, falta con frecuencia a la escuela y no puede estudiar. Con respecto a la madre, Juan fluctúa entre el desprecio y el pegoteo. Cuando se pelea con ella, puede pegarle (y la madre permanece impotente frente a estas agresiones). En una entrevista, la madre me dice: “En verdad, es el hombre de la casa. Es mucho más fuerte que el padre y el resto de los hermanos. Nos peleamos mucho pero yo siento que es el único que puede.” Vínculo que lo deja en una situación muy compleja, en tanto tiene que responder a una madre con la que el incesto aparece posible. Para la madre, Juan ya mató

al padre y tomó su lugar, lo que deja a su hijo apresado en la concreción del incesto y del asesinato. Y él no puede hacer otra cosa más que intentar anular el dolor por tanta muerte...

A la vez, él se queja de no haber sido escuchado ni contenido durante su infancia y, sobre todo, de la ausencia del padre como contenedor de sus crisis. Se podría pensar que hay en su adicción es un llamado, una dedicatoria a un padre que no se presenta como tal.

"La toxicomanía es simultáneamente una historia personal, una historia familiar y una historia social." (Pascal Hachet)

Históricamente, así como en la literatura, las drogas aparecen siendo un calmante para el dolor, el modo de evitar el sufrimiento, de olvidar, de sostener enterrados pedazos de sí mismo. A veces, otorgan la sensación de levantamiento de inhibiciones propias, pero también son la forma en que alguien puede hacer que un otro le obedezca ciegamente.

"Me animo a enfrentar cualquier cosa. Nadie puede vencerme cuando me doy", afirma Juan refiriéndose a la cocaína (y corroborando la visión que la madre tiene de él).

Volverse insensible a la propia miseria, a las fracturas narcisistas, al dolor por lo perdido, lleva a no sentir, pero al desestimar el sufrimiento, el mundo se termina opacando. Y entonces, se suma otra cuestión: si alguien no siente, se transforma para sí mismo en una suerte de muerto-vivo, lo que termina resultando insoportable.

Juan se pelea con sus padres como modo de separarse de ellos, sin poder hacerlo, adhiriéndose a un objeto (como la droga) que no pueda abandonarlo. Reclama permanentemente ser mirado en un aparente desafío (como cuando llega al colegio fumando marihuana).

Los vínculos que establece tienen un carácter de adhesividad, pero son superficiales. No puede amar ni se siente amado, quejándose por ello.

El propio funcionamiento pulsional lo desborda, abrumándolo con una tensión desgarradora. Y queda sobrepasado por cantidades. Allí donde otros arman la novela familiar, pueden escribir una historia, armar fantasías, él queda a merced de urgencias no tramitables, no simbolizables, que no puede procesar psíquicamente.

Como plantea Pascal Hachet, el consumo de droga es “una tentativa ineficaz de autocuración de sentimientos impensables”.

Los adolescentes pueden regresionar a fijaciones infantiles a las zonas erógenas y a las modalidades de funcionamiento anteriores, sobre todo al erotismo anal. Pero a veces esto no es suficiente (decir malas palabras, andar sucios y con la ropa rota). El vínculo con el otro, a pesar de sus intentos de dominio de la situación, pasa a ser peligroso. Predomina el terror a la dependencia, en tanto el adolescente se siente frágil y sus sostenes narcisistas tambalean.

Los adolescentes fluctúan muchas veces entre enamoramientos en los que la fusión es absoluta y el temor a quedar encerrados en una relación amorosa, fagocitados.

A veces, el terror al encierro se desplaza a otras actividades y no pueden arraigarse en ninguna (dejan todo lo que comienzan).

Y, para colmo, deben “matar” a los padres infantiles, sin matarlos. Es decir, los padres deben dejar de ser esos padres omnipotentes de la infancia. Pero es fundamental que sigan estando y que planteen un espacio de confrontación posible.

“Es útil comparar las ideas de los adolescentes con las de los niños. Así como en la fantasía del crecimiento temprano está presente la

muerte, en la de la adolescencia está presente el asesinato. Incluso cuando el crecimiento en la pubertad progresa sin grandes crisis, es posible que se tengan que afrontar problemas agudos de manejo, porque crecer significa ocupar el lugar de los padres. Y lo significa realmente. En la fantasía inconciente, crecer es intrínsecamente un acto agresivo. Y el niño tiene ahora otro tamaño.” (D. W. Winnicott, 2004, pág 182)

Winnicott prosigue diciendo que los padres, frente a los adolescentes, lo que deben hacer es sobrevivir. Y esto es muy importante, en la medida en que solemos encontrarnos con padres que declinan su lugar, que se ubican como impotentes, como “muertos” frente al embate adolescente. Y si un padre está ya muerto, no hay con quién confrontar. Y el adolescente puede quedar atrapado en una situación de culpa extrema y paralizado o entrar en desbordes violentos, intentando que el otro cobre vida.

La reorganización de las primeras inscripciones

Un tema fundamental parece ser la reorganización representacional que se plantea en la adolescencia en relación a las inscripciones primordiales. Si retomamos los desarrollos de Piera Aulagnier y los dos pictogramas primordiales, podemos afirmar el predominio del pictograma de rechazo, con el consiguiente rechazo a sí mismo, o el predominio del pictograma de fusión, no se expresan directamente, pero son el fondo sobre el cual, cuando la “movida” adolescente irrumpe, se despliegan las pasiones.

La prevalencia del pictograma de rechazo puede llevar a un “no querer desear, a un rechazo a todo deseo, en tanto quiebra el único deseo posible: que nada cambie, que todo se mantenga idéntico a sí mismo.

Esto, pensado en la pubertad, lleva a un conflicto importante, porque... ¿cómo lanzarse a la aventura de buscar nuevas posibilidades si el deseo mismo es peligroso, si lo único que se busca es el silencio de la nada?

Y muchas veces, frente al estallido pulsional desbordante, el púber, que no sabe qué hacer con tanto alboroto interno, con su cuerpo cambiante, con sus identificaciones que son propias y ajenas a la vez, puede buscar caminos complejizadores, armar novelas, crearse familias sustitutas y pieles nuevas, pero también puede intentar expulsar de sí todo dolor, toda pasión, todo empuje y toda identificación que le recuerde a aquellos de los que se quiere diferenciar.

Si las primeras inscripciones son fundamentalmente sensoriales, corporales, (ya hablemos de los signos perceptivos o de los pictogramas), ¿qué ocurre con ellas cuando lo que cobra otra dimensión es la representación del cuerpo, cuando éste pasa a tener nuevas sensaciones?

Inscripciones sensoriales, ligadas al placer o al displacer, significadas o no, traducibles o no.

Y también otro tipo de inscripciones, aquellas que remiten a un vacío, a la irrupción de lo no dicho, a la marca de lo que rompe las tramas. Inscripciones de lo no-inscripto, aunque parezca paradójico, del agujero representacional.

Por otra parte, sabemos que el modo en que estas marcas se articulen está determinado por una transmisión que permite un marco en el que las escenas se arman.

Así, en la adolescencia, las marcas no traducidas, las sensaciones y desarrollos de afecto tempranos insistirán tomando nuevas formas.

Lo enigmático, lo que no fue puesto en palabras porque tampoco las tuvo para el adulto, aquella irrupción de la sexualidad adulta que el niño registró pero que no pudo tramitar ni traducir, las marcas de las pasiones de los otros, indicios de sus deseos sexuales y hostiles, que lo dejaron en un estado a veces deseante, a veces de excitación ni siquiera pasible de ser traducida en fantasías, deja marcas. Marcas que en el fragor de los cambios puberales se derivan en actuaciones, adicciones, pura descarga de lo no tramitado o, también, en inhibiciones y prohibiciones.

Son las huellas de lo que permaneció idéntico a sí mismo, enterrado. Esa especie de cuerpo muerto que se mantuvo durante años, intocable, al reactualizarse los deseos incestuosos, al cobrar otra dimensión las sensaciones y reorganizarse el mundo fantasmático, puede reaparecer en una dimensión trágica. Dimensión de lo mortífero que irrumpe en la adolescencia en el entrevero de sexualidad y muerte.

Pero también está la posibilidad de que eso enigmático, lo no traducido, pueda ser retomado y se le otorgue un nuevo sentido, que no se le dio en su momento, y que vivencias de la adolescencia den forma, fantasmaticen, algunas marcas de la infancia, abriendo nuevas posibilidades. Es decir, suele haber movimientos transformadores...

Porque cuando se pueden construir recorridos deseantes, el adolescente se abre al mundo y puede ser precursor, portador de novedades, hacedor de la historia.

Y esto me parece fundamental: si las inscripciones primordiales dieron lugar a sucesivas traducciones, ya sea en forma de fantasías o de pensamientos, y permitieron construir recorridos deseantes, ese adolescente va a poder sostener proyectos.

Una de las principales tareas de la adolescencia es el abandono de las investiduras libidinales hacia los padres y el investimento de nuevas figuras. Pero hay adolescentes que se sienten bajo la égida de un progenitor rechazante, despótico al que no pueden “digerir”, y cuya pérdida implicaría a la vez quedarse sin nada, vacío.

El empuje pulsional se vuelve entonces atacante externo, queda como algo que irrumpe desde un afuera y no puede ser metabolizado. En la pubertad normal, produce enriquecimiento psíquico, con incremento de vida fantasmática. Pero en la pubertad patológica provoca un ataque a los cimientos mismos de la pulsión. Es un “desapuntalamiento”.

El autoerotismo le provoca terror, y en lugar de ser fuente de representaciones objetales, arrasa con la representación del objeto. Es frecuente que la hipererotización materna, la dificultad para transformar erotismo en ternura, impida la metabolización de las propias pulsiones.

Lo interno y lo externo se confunden.

Es casi inevitable que haya regresiones a modos de funcionamiento más tempranos. Las modalidades orales y anales suelen predominar (de hecho, los adolescentes suelen ser “anales” en su forma de vestirse y en su vocabulario), pero también puede aparecer la regresión al vacío, a los agujeros que dejó la historia, a la desobjetalización de la pulsión, que la torna mortífera.

Momento en que, nuevamente, como en la infancia, el papel de los adultos es fundamental.

Pero ¿qué ocurre con esto en la adolescencia? Cuando el adolescente, que sigue dependiendo del entorno, odia esa dependencia, cuando quiere arrojar de sí todo lo que se le recuerde, puede intentar expulsar y matar aquello que se ha hecho carne en

él. Por eso, es tan importante con los adolescentes que haya un entorno que les permita creerse, por momentos, hacedores de su propio mundo.

Igual que en la primera infancia, el adulto tiene que estar y no estar, estar cerca pero no abrumar, permitir ese espacio en el que se pueda crear.

El narcisismo en jaque

El narcisismo también se pone en juego y la pregunta sobre el ser insiste. La representación de sí se pone en jaque y ya no es suficiente la mirada de los padres como sostén. Tiene que haber otras miradas, otros sostenes.

En principio, si aquello que nos constituyó como primeras marcas identificatorias estuvo signado por el rechazo, cuando en la adolescencia nos tenemos que desprender de ese o esa que éramos y a la vez seguir siendo el mismo, en esa continuidad y discontinuidad que marca la relación del yo consigo mismo a través del tiempo, ¿cómo hacerlo sin desgajarse, sin rechazar o expulsar pedazos de sí?

Por otra parte, el adolescente se construye una representación de sí buscando en el entorno otros que operen como espejos múltiples que le permitan reflejarse en ellos, para poder armar un imagen unificadora. Pero él ya se ha ido constituyendo en base a identificaciones con sus padres y con otros de su entorno más íntimo. Si el conflicto es insoportable, es posible que quiera arrancar de sí todo aquello que le recuerde esas identificaciones. Pero a la vez (como ya desarrollé en otros artículos) ese que es él es el producto de esas identificaciones y no puede renunciar a ellas sin renunciar a partes de sí mismo.

Ser alguien, tomando aspectos de otros y a la vez suponiendo que tiene que ser único, independiente de todos, lo lleva a una situación paradójica. Esto es muy evidente cuando dicen vestirse de un modo “original”, propio, y se los ve con vestimentas que delatan la identificación con determinado grupo.

Y esto en pleno proceso de “asesinato”, como plantea Winnicott. Es decir, los padres deben dejar de ser idealizados y a la vez deben ser aquellos con quienes la confrontación sea posible.

A la vez, el adolescente puede rechazar en sí aquello que lo identifica con sus progenitores, pero esas identificaciones son ya parte de sí, por lo que al rechazarlas puede intentar expulsar de sí partes de sí mismo. Y esto lo conduce a un estado de vacío interno o de confusión identificatoria.

Quiero agregar hoy otra variable: cuando en esas identificaciones prevalecen historias de otras generaciones, identificaciones adjudicadas no tramitadas.

Cuando un adolescente carga una historia ajena y quiere desembarazarse de todo aquello que le haga recordar su infancia y su dependencia (intento que será más violento cuanto mayor sea la dependencia) las criptas y fantasmas que encarna resurgirán de las cenizas y muchas veces lo llevarán a realizar actos no pensados.

Un tema que considero que habría que investigar en este sentido es el del “sacrificio”. Así como el héroe es el que vence al padre, también muchas veces hay en juego un sacrificio en los funcionamientos adolescentes. La batalla debe ser librada a toda costa en un acto sacrificial en el que se mantiene vivo al padre y sus mandatos a costa de la propia vida.

Aquello que fue pasando de abuelos a padres sin palabras ni tiempo, puede operar como fuerza interna insoslayable a menos

que pueda ser historizada, que se le devuelva un sentido ligado a un tiempo ya pasado y a otros personajes.

Así, Pascal Hachet afirma que las adicciones pueden ser un modo de tramitar duelos no elaborados por otra generación.

Esto nos tiene que llevar a pensar qué ocurre con los adolescentes en Argentina, después de los años de la dictadura, que llevaron a muchas muertes sin sepultura.

Y Haydée Faimberg dice: “Cuando se conoce la historia secreta, se puede modificar los efectos que tiene sobre el yo, modificar el clivaje alienante. Este proceso de desidentificación permite restituir la historia en tanto esta pertenece al pasado. La desidentificación, en consecuencia, es la condición de la liberación del deseo y de la constitución del futuro.” (H. Faimberg, 1996, pág 86)

Es importante también pensar cómo la transmisión de agujeros, de vacíos representacionales, se tramita en la adolescencia.

Generalmente, la crisis adolescente lleva a separarse de los padres y a buscar nuevos objetos, sosteniendo las identificaciones constitutivas del yo y la prohibición del incesto frente a la reedición de la conflictiva edípica.

Pero en muchos adolescentes la actualización de los deseos incestuosos se hace intolerable porque fallan tanto los modelos como las prohibiciones internas y un yo armado en un “como si” se resquebraja. Así, entran en pánico frente a los objetos nuevos, no pueden abandonar a la madre (se odian por no poder hacerlo) y realizan un movimiento expulsor de sus deseos. Como si para enfrentar los deseos incestuosos debieran arrasar con todo deseo, sentimiento, pensamiento. Lo que predomina es la expulsión de la representación del objeto pero también del deseo mismo, lo que los lleva a sensaciones de vacío, de inexistencia.

A veces sienten que el fragor de Eros resulta intolerable e incontenible. Y cuando se impone la idea de que es el objeto el causante del “exceso”, se sienten atacados y reaccionan con estallidos de violencia.

Cuando se abroquelan en el autoerotismo e intentan armar una coraza protectora antiestímulo, no pueden resolver la contradicción entre aquél y la exigencia de cumplir normas, por lo que tienden, restitutivamente, a idealizar salidas transgresoras.

Los ideales

Generalmente, los ideales cobran una importancia fundamental en la adolescencia. Frente al quiebre de la imagen de sí, los ideales pueden ser un sostén narcisista, en tanto aparezcan como posibles de ser cumplidos en un futuro.

La tensión entre el yo y el Ideal del yo puede también derivar en una derrota que aparece como derrumbe narcisista. Sentimiento que puede ser rápidamente encubierto con la euforia que da el alcohol o la cocaína, entre otras drogas. Omnipotencia prestada que tapa por momentos el dolor intolerable.

A la vez, el Ideal del yo cultural ofrece caminos alternativos a la exigencia pulsional, caminos alternativos que lo ayudan a desprenderse de los objetos incestuosos.

Los referentes internos y la ética transmitida, son fundamentales como elementos con los que alguien llega a enfrentar el pasaje.

En el análisis, el único modo en que parecería poderse abordar esta crisis identificatoria (que si faltase sería aún más preocupante) es a través del fantaseo: ser otros, y de ahí lo de la novela... asumir diferentes personajes, en un juego en el que el adolescente va probando diferentes ropajes.

El púber intenta organizar la pregunta sobre los orígenes, situarse en un lazo de filiación. Pero cuando se declaran rupturas o fallas del orden simbólico, para salir del encierro en que lo dejan las nuevas tensiones, puede crear un delirio o hacer un pasaje al acto (suicidio, crimen, etc.).

La adolescencia es un momento de resignificación en el que los apoyos externos vuelven a ser fundamentales. Es el mundo el que tiene que ayudar a sostener el narcisismo en jaque.

A la vez, los adolescentes pueden luchar contra sus propios deseos, en tanto sienten que el desear implica necesitar a otro que puede no estar. Y, para peor, la presencia del otro puede hacer resurgir el dolor por la ausencia posible.

Estas cuestiones son fundamentales en el análisis de adolescentes, por el tipo de transferencia que se arma. Por eso, el tema muchas veces es cómo interpretar sin hacer sentir al otro que uno es el que armó la interpretación, sino que fue él quien la produjo.

Es decir, que no sienta que debe al otro, ni que suponga que es el otro el que produce el placer, sino que pueda sentir el placer del descubrimiento sin tener que agradecer ni preguntarse quién es el causante de ese placer.

A la vez, una tarea fundamental de todo adolescente es escribir una historia. Y esto en un momento en que no quiere recordar su infancia y le cuesta proyectarse a un futuro.

Soñar, fantasear, crear... implican disponer del mundo representacional para producir reorganizaciones... En los adolescentes adictos ocurre lo que plantea André Green en los pacientes fronterizos: “se caracterizan por el fracaso en crear subproductos funcionales del espacio potencial”.

La tensión entre el yo y el Ideal del yo puede derivar en una derrota que aparece como derrumbe narcisista. Sentimiento que puede ser rápidamente encubierto con la euforia que dan el alcohol o la cocaína, entre otras drogas. Omnipotencia prestada que tapa por momentos el dolor intolerable.

Si el futuro aparece como lejano e inalcanzable, es posible que la droga brinde una felicidad momentánea e ilusoria, una resolución "al instante", ya, de lo que no se puede resolver por otras vías.

"Limitación brutal de las propias posibilidades y sostén obligatorio de ascendientes constituyen el fiel contrapunto social de las problemáticas de fantasmas y de criptas cuya carga hoy intenta rechazar un creciente número de sujetos jóvenes usando drogas."

..."La dependencia de un producto remite a la dependencia psíquica de la imago deteriorada de los padres o de los abuelos que el fantasma cuida (aunque el uso del producto tóxico quiera inicialmente reducir el dolor ligado a este), por una parte; a la necesidad de paliar los afectos encriptados, por otra parte." (Pascal Hachet, 1997)

Esto implica necesariamente el arrasamiento de las posibilidades simbólicas del sujeto.

A modo de conclusión:

Pienso que no se pueden hacer predicciones y que nada está jugado de antemano y que la adolescencia es una nueva oportunidad.

Pero también que será más fácil soportar los embates pulsionales y los del mundo cuando la estructuración psíquica ha sido sólida, cuando las inscripciones tempranas no han quedado como líneas directrices sin salida, sino que han podido ser, siempre

parcialmente, traducidas a otros idiomas, a otros modos del representar.

Si alguien está conectado con sus propias sensaciones, con su funcionamiento pulsional, con sus afectos, si pudo armar fantasías transformadoras, si las identificaciones que lo constituyen no están signadas por el rechazo, podrá tolerar mejor ser “otro”, siendo el mismo, soportará ese momento en que se es un ensamblaje de pedazos de otros sin sentir que para ser alguien, diferente a los que lo rodean, tiene que expulsar pedazos de sí mismo.

Cuando lo que prima es la tendencia ligadora y complejizadora la situación es diferente a cuando priman la expulsión y la descomplejización.

Pienso que no hay ni continuidad lineal ni creación absoluta, sino que la adolescencia posibilita nuevas vías, nuevos recorridos, nuevas imágenes de sí y de los otros, pero que esto a su vez se construye sobre lo ya inscripto. Es decir, las determinaciones no son lineales sino complejas. La adolescencia es un momento de re-escrituras y a la vez un momento clave en la escritura de la propia historia.

En el adolescente la fantasía, el armado de novelas, la poesía, poseen el valor que para el niño tiene el juego dramático. Implican la posibilidad de entamar lo que irrumpe desde las exigencias pulsionales y la crisis identicatoria. Pero no solo eso, sino que además permiten la creación de un mundo diferente que acompaña los avatares cotidianos. Es decir, le posibilita no quedar atrapado por las exigencias y limitaciones de la vida y a la vez armar historias sin necesidad de actuarlas.

En ese sentido, la escritura tiene un valor particular. Los diarios íntimos así como la escritura de cuentos, novelas y poesías son

modos de historizar aquello que parecería no tener ilación y también de rearmarse como alguien a pesar de los trozos de otros que convergen en uno.

Es fundamental que pueda crear historias, que arme relatos, que sueñe...

Considero que mientras el adolescente pueda armar proyectos (aunque sean temporarios) y sostener vínculos con el mundo, es más fácil que los riesgos sean tramitados.

Cuando el adolescente puede desplegar la creatividad e insertarse en un grupo que lo sostenga y acompañe, es frecuente que las peleas se circunscriban al ámbito familiar y versen sobre los intentos del adolescente de desasirse de la autoridad de los padres (esperando a la vez que ellos se sostengan y no caigan bajo sus ataques). El afuera se preserva como lugar de despliegue vincular.

Muchas veces, con una fantasía de protegerlo de los embates del mundo, las familias funcionan como lugares de encierro endogámico, dejando al adolescente a merced de sus propios embates, sin tener otros con los que intercambiar deseos y desechos.

“La seguridad interna, el placer de ser y de hacer constituyen una protección esencial contra un exceso de sexualización de los vínculos” (La sexualité infantile revisitée à l’adolescence, Philippe Jeammet) en *Au debut de la vie psychique*, de Julien Cohen Solal et Bernard Golse, Odile Jacob, París, 1999.

Esto es muy importante. Vemos que los adolescentes que tienen conductas de riesgo se sienten fracasados en su desempeño en el mundo (ya sea a nivel escolar, social, deportivo). El que el entorno le devuelva una imagen valiosa de sí en algún ámbito es fundamental. Se refuerza de ese modo el narcisismo secundario y

se aplaca la culpa de crecer y vencer a los padres (sobre todo si ellos pueden alegrarse realmente de los logros del hijo).

Por último, me parece muy importante no encasillar a un adolescente en un diagnóstico ni aterrorizarse por la tendencia a la actuación, pensando que la adolescencia implica movimiento, idas y venidas, encuentros y desencuentros.

Es habitual el consumo de drogas y de alcohol sin que eso devenga adicción, momentos depresivos que no implican un cuadro psicopatológico y ...así como también es común en la actualidad que se ponga en juego la bisexualidad, con contactos homosexuales que no definen necesariamente la elección de objeto a futuro.

En tanto momento de reorganización, es importantísimo considerar a todo adolescente como alguien en movimiento, en transformación, con posibilidades abiertas y no encerrarlo en diagnósticos.

Bibliografía:

Aulagnier, Piera: (1984) El aprendiz de historiador y el maestro-brujo. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.

Faimberg, Haydée: "El telescopaje de las generaciones", en Kaës, Faimberg, Enriquez: Transmisión de la vida psíquica entre generaciones – Amorrortu – Buenos Aires, 1996

Janin, Beatriz: (1994) "*Los adolescentes y el vacío*". En Actualidad Psicológica N° 212

Janin, Beatriz: (1997) "*Patologías graves en la Adolescencia - Los que desertan*" - - En Actualidad Psicológica N° 241

Janin, Beatriz: (2004) "*La crisis actual en la Argentina y sus efectos en los niños. Memoria y futuro.*" En Cuestiones de Infancia N° 8 – UCES, Buenos Aires.

Janin, Beatriz: (2004) "*Adolescentes ¿con déficits?*"? En Actualidad Psicológica N° 323

Janin, Beatriz: (2008) "*Encrucijadas de los adolescentes de hoy*", en Cuestiones de Infancia N° 12, UCES, Buenos Aires.

Green , Ikonen, Laplanche, Rechartt y otros: (1991) *La pulsión de muerte*. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

Hachet, Pascal: (1997) "Criptas y fantasmas en toxicomanía". En *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*. Amorrortu Edit. Buenos Aires.

Kristeva, Julia: (1993) *Las nuevas enfermedades del alma*. Edic. Cátedra. Madrid.

Mannoni, O. y otros: (1994) *La crisis de la adolescencia*. Gedisa Edit., Barcelona.

Michaud, Ginette: (1984) « Mouvements psychotiques à l'adolescence. Approches théoriques, perspectives thérapeutiques ». *Psychiatrie française* 15, p. 9-25.

D. W. Winnicott, 2004, pág 182)El hogar es nuestro punto de partida. Paidós. Buenos Aires, 2004, pág 182.